

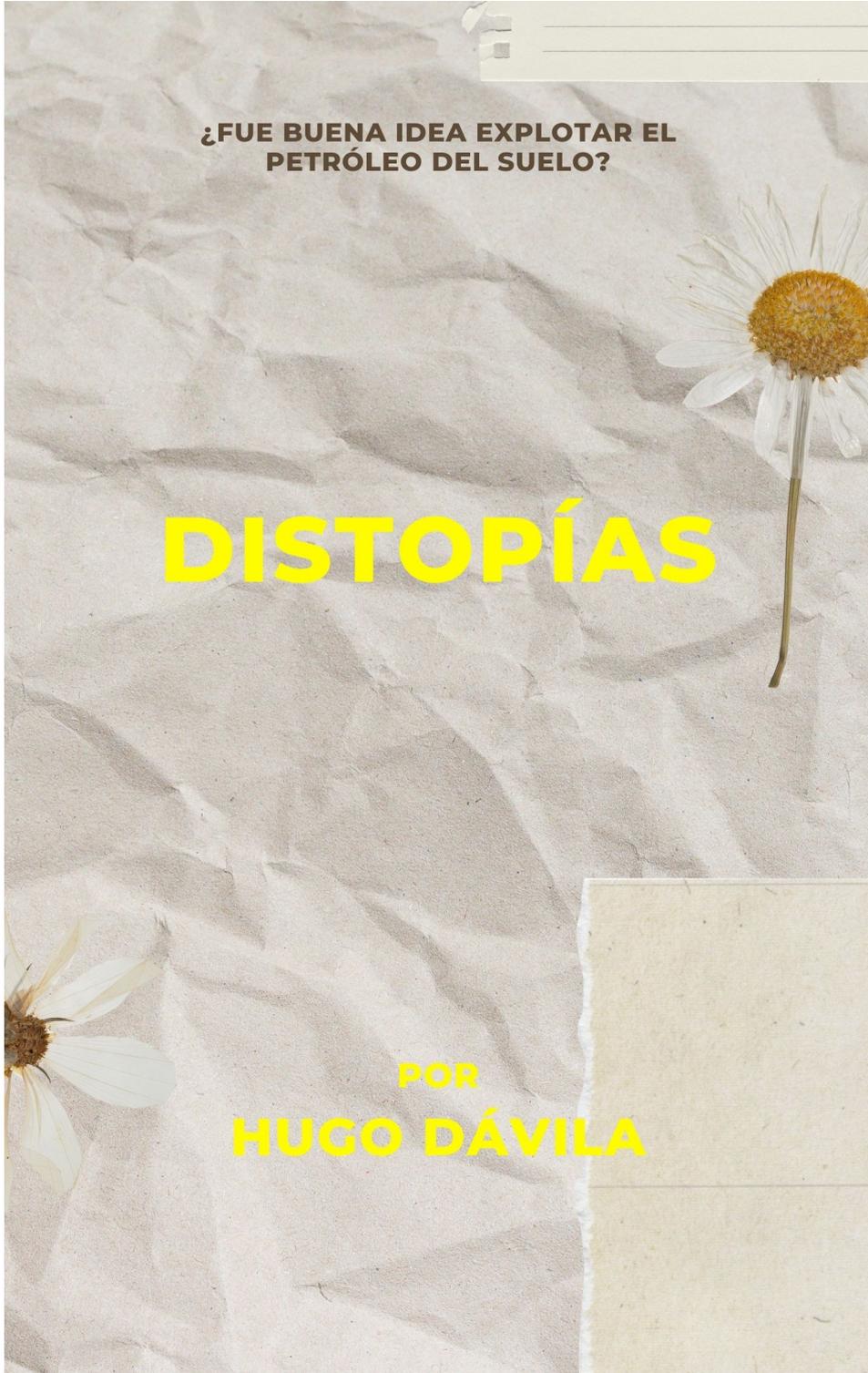
Distopías

HUGO DAVILA QUILUMBANGO

¿FUE BUENA IDEA EXPLOTAR EL
PETRÓLEO DEL SUELO?

DISTOPÍAS

POR
HUGO DÁVILA



Capítulo 1

Todo huele a caucho quemado. Hace frío y una espesa niebla impide la visión. La gente camina con prisa, como si fueran a perderse de algo importante. Después de algunos pasos, detienen su marcha para tomar aire y recuperar el aliento. Todos tienen la piel enrojecida y usan guantes gruesos. En una ciudad ruidosa se habla entre gritos. A pesar de ello, se escucha lo siguiente:

—Ya estoy harta de él, achis, achis, achis. No lo soporto, achis, achis, achis. Solo verlo me produce náuseas, achis, achis, achis. —se queja una rubia oxigenada de piernas delgadas que a cada estornudo despeina sus cabellos ensortijados.

—Te entiendo perfectamente amiga, achis, achis, achis. Yo estaría igual que tú, achis, achis, achis. —contesta una mujer de complexión gruesa y labios finos, que a cada estornudo deja ver unos ridículos ojos chinos cargados de lágrimas.

Cerca de allí, otra mujer discute con su teléfono:

—Estás loco si piensas que con lo que me das cada mes me va a alcanzar, achis, achis, achis. Tienes que ponerte al día con los pagos, achis, achis, achis. —dice con rabia contenida.

Un vendedor, de aquellos de gran sonrisa, ofrece el beneficio de sus productos a una aburrida vieja que finge escucharlo. A cada estornudo despeina su grasienta cabellera, pero eso no le impide seguir sonriendo. Lo hace por compromiso. Es su trabajo: «¿Cuántas docenas quiere? achis, achis, achis», insiste.

Hay quienes, con alarde anticipan un estornudo de grandes proporciones, pero cuando llega a suceder, el resultado es decepcionante, apenas audible, ridículo, un absurdo desgaste de energía. Otros, sin tanta promoción, estornudan a gritos; luego sus fluidos nasales, abundantes y gelatinosos, parecen vertientes. Nadie se disculpa, ¿por qué hacerlo si todos estornudan?

Todos estornudan. Los que caminan, los que conducen, los que vuelan, los que se arrastran, los viejos, los jóvenes, los lindos, los feos, los ricos, los pobres, los creyentes... que a cada serie de estornudos se persignan y claman a Dios. Los ateos, que a pesar de serlo dicen: «Dios mío» después de un estornudo que apareció sin previo aviso. Estornudan las santas, las pecadoras, las que trabajan, las que no. Todos estornudan y lo hacen de forma vergonzosa, excepto ella. Sus estornudos contienen el nivel adecuado de tono y volumen. Parece música que llega a mis oídos

acompañada de unos gestos sublimes, delicados.

—A ella le gustas. —dice un anciano que va todo desgarrado. Lleva un carrito de supermercado oxidado. Nunca lo he visto, pero parece confiable. Luego continúa hablándome—: Ella trata de llamar tu atención. Tan solo fíjate en la gracia con la que limpia sus emisiones; haría suspirar a cualquiera.

—¿Por qué estornudan? —Él ríe, cambia de dirección y dice con arrogancia—: ¿Dónde has vivido todo este tiempo? Solo mira a tu alrededor. No puedes ver a nadie más allá de diez metros. Todo apesta a caucho quemado. El agua tiene sabor a azufre. Estornudar se ha convertido en un mecanismo de defensa. Al principio era raro, pero luego de a poco nos acostumbramos... y algo más, ahora se ha convertido en una forma de comunicación... quién lo creyera. Ahora es un coqueteo que ojalá algún día llegues a coronar.

Se ríe con picardía y continúa:

No hay nada más gracioso que verlos copular a fuerza de estornudos. ¡Fascinante! ¿No crees? —Y me mira fijamente con sus ojos inyectados de sangre.

—¿Cuándo empezó todo? —cuestiono.

Fue un descubrimiento. —respondió, dándome las espaldas—. Los expertos lo dicen así. Se suponía que nos iba a hacer ricos. En realidad... lo somos, aunque... no podemos disfrutarlo...

Quienes viven de la confianza popular decían que el hambre desaparecería...

Entonces me quedo en silencio. Él suspira, camina con las manos entrecruzadas y me sigue hablando:

—Debajo del suelo hay una vertiente negra. Es verdad, enriquece, pero solo a pocos. El problema es que todo se vuelve inservible, hasta el aire... El agua y el suelo ahora son veneno, lo que nos convierte en víctimas de nuestra propia ambición. Nuestros líderes se corrompieron. Ellos viven bien, aunque no por mucho tiempo. No hay nada que salve un alma descarriada por el poder del dinero. El tiempo se acaba...

—Hasta ahora tú no has estornudado. —interrumpo.

—Qué perspicaz. —responde—. Omite un detalle:

—¿Cuál?

—Tú tampoco lo has hecho, así que tengo una pregunta para ti: ¿Cómo llegaste hasta acá? —No deja de sonreír. Tiene razón: no sé cómo lo hice.

—Tranquilo, tranquilo, nadie puede vivir de sueños. —despierto.

Alguien recorre las cortinas. Entre dientes maldice:

—Hijos de puta.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Otra sanción más. —contesta.

—¿Sanción?

—Sí, sanción económica. Hace cincuenta años, un poco más, nos negamos a explotar el suelo, donde dicen que hay una riqueza enorme que nos haría "desarrollados". Nuestros ancianos nos previnieron de lo que pasaría si lo explotábamos: nuestra gente se corrompería, el dinero haría que la comunidad se dividiera. Nuestro suelo se contaminaría, el agua, el aire... y la gente moriría de cáncer, con ronchas rojas en la piel.—Toma aliento para seguir. Camina para no hacer notoria su preocupación, y sigue explicándome—: No nos perdonan que hayamos decidido dejar el suelo intacto. Por ello nos acechan constantemente. Nos acorralan. Dicen que somos unos necios por no aprovechar lo que la naturaleza nos ha regalado. Al no tener esa supuesta riqueza del suelo, tuvimos que buscar formas de financiarnos, así que invertimos lo poco que había en educación, la mejor. El resultado fue magnífico: la mayoría de los científicos que preparamos dedican su tiempo a cuidar la tierra con productos naturales...

—¿Por qué te levantaste tan sudado? —me pregunta con el entrecejo fruncido.

—Tuve un sueño muy raro. —le dije.

—Cuéntame. —Y se sentó a mi lado. Sentí cómo la cama se hundía. Lo conté todo, hasta lo de ella, lo que me produjo cierta vergüenza. Recogió sus cabellos y suspiró. Me pidió que le acompañara hasta la ventana, así lo hice. Unos niños semidesnudos se bañaban en un río diáfano rodeado por una vegetación abundante y brumosa.

—¿Puedes ver? —me dijo—. Esos niños pueden bañarse en el río sin temor. Cuando lleguen a sus casas comerán alimentos igual de sanos. Así también respiran un aire limpio y beben agua que no les enferma. Eso es gracias a que les que les obedecemos a nuestros ancianos y nos negamos

a explotar el suelo. La presión de las potencias es grande y constante. La nación vecina sucumbió hace algunos años. Ahora cuentan que su gente está muriendo en medio de escandalosos estornudos, con la piel enrojecida y los ojos llenos de lágrimas.

Me llené de pavor:

—Igual que en mi sueño. —le dije.

—¿Y a ti quién te ha dicho que estás despierto?